Lunes 23 y Martes 24 de Noviembre de 1863. BUENOS AIRES. AÑO XI—Numero 2967

LA TRIBUNA.

Imprenta y Oficina de la Redaccion
Calle de la Victoria núm. 31.

EDITOR RESPONSABLE—D. SATURNINO CORDOVA.

Precio de la Suscricion—40 ps. mensuales
Avisos hasta las seis de la tarde.

ALMANAQUE.

HOY 24—S. Juan de la Cruz y Sta. Fermina vírjen.

VARIEDADES

El acróbata Blondin.

El célebre Mr. Blondin, que se dispone á venir en esta corte, nació en la aldea de Saint-Omer, (Pas de Calais), Francia, el 28 de febrero de 1824. Su padre, antiguo soldado del Imperio bajo Napoleon I, murió antes que el jóven Blondin hubiese cumplido nueve años, dejándolo solo y abandonado cuando aun apenas habia salido de la niñez.

A la edad de cuatro años, habiendo el niño Blondin dado muestras de gran fuerza y valor, y manifestado estraordinaria aptitud para la gimnasia, fué colocado bajo la direccion del propietario de la Escuela de Gimnasia en Lyon, en donde su pupilo hizo tales adelantos, que al cabo de seis meses se anunció que se presentaria ante el público como un verdadero prodigio, habiendo logrado por sus estraordinarias suertes de agilidad y fuerza llamar la atencion de todos cuantos presenciaron sus ejercicios, siendo desde entonces la admiracion de los teatros principales de Francia.

Contratado despues en París por el agente de la familia Ravel, se reunió á dicha familia. Permaneció con ella tres años habiendo llegado á ser el favorito del público, pues no solo sobresalia en los ejercicios de la cuerda, sino en la gimnasia en general, siendo igualmente una notabilidad en cada una de las variedades de los ejercicios del circo. Aparte de su habilidad en los ejercicios de la cuerda, llegó á ser escelente en los altos, volteos y equilibrios habiendo llegado á saltar, segun dicen, hasta tal altura, que nadie hasta él habia podido alcanzar.

Un dia que se hallaban ensayando en Niblós, Garden, de la familia Ravel, con cuya compañia estaba ajustado, llevó á cabo el siguiente hecho. Se trataba de imitar algunos ejercicios de los árabes beduinos, en uno de los cuales una persona se hallaba rodeada por un grupo de soldados con sus fusiles y bayonetas armadas, y de en medio de los cuales se escapa dando un gran salto. Antonio Ravel, que representaba esa persona, estaba arreglando el grupo de soldados para repetir su salto, del que no habia salido airoso la primera vez, cuando de repente, Blondin, sin prevencion alguna, dió un gran salto y pasó por encima del grupo entero."

En el invierno de 1858, Blondin concibió la idea de dar un golpe atrevido. Visitó á Niágara Falls, para ver si podria estender de una orilla á otra una cuerda, convencido de que si podia pasarlo felizmente, la inmensa multitud de visitantes que ocuparia un lugar en la cima, no dejaria de galardonarle. Concibió, pues, el atrevido plan de estirar una cuerda á través del abismo por donde pasan las rápidas corrientes del Niágara, y pasar él sobre este frágil camino. Eso era imposible en invierno; pero al principio del verano de 1859 apareció en la aldea de Niágara Falls, se alojó en la posada y comenzó los preparativos. Cuando se supo lo que trataba hacer, se le consideró como loco; pero perseveró en su idea, á todo riesgo, de pasar de una parte á otra del rio, á unos 160 piés sobre el agua. En esta altura se puso el débil puente de cuerda. El abismo tiene 1,100 piés de fondo, y en presencia de 15,000 personas, Blondin lo cruzó con toda felicidad el 30 de Junio de 1859.

El 4 de julio de 1859 lo cruzó con el cuerpo metido en un saco, y de consiguiente, con los ojos tapados, habiendo hecho la travesía con la misma seguridad que si hubiese podido usar de su vista.

El 13 de julio del mismo año, en el teatro de Buffalo, llevó á cuestas en una cuerda inclinada á un hombre mas alto que él, desde el proscenio al tercer piso de palcos, y volvió á bajar con él.

El 17 de julio volvió á atravesar el Niágara.

El 5 de agosto lo volvió á cruzar dando brincos y ejecutando estraordinarios ejercicios gimnásticos en la cuerda.

El 19 de agosto reprodujo el hecho anterior llevando un hombre á la espalda; miles de espectadores lo miraban espantados, temiendo de un momento á otro la muerte de los dos.

El 27 de agosto lo cruzó con grillos.

El 2 de setiembre lo atravesó de noche llevando en su cabeza un aparato de fuegos artificiales que se quemaron durante la travesía. En el estío de 1860 cruzó dicha cuerda muchas veces llevando un hombre á la espalda, y otras muchas cosas. Su última funcion en el Niágara la dió delante de S. A. R. el príncipe de Gales y su comitiva, inclusos su gracia el duque de Newcastle, el conde de San German, el marqués de Chandos, lord Lyons, el general Williams, el mayor Feasdale, el mayor general Bruce y otros muchos distinguidos personajes; el dia 14 de setiembre de 1860, en presencia de una inmensa multitud de espectadores, muchos de ellos procedentes de mas de cien millas de distancia, atraidos por la fama de los milagrosos ejercicios de Blondin.

En esta ocasion, Blondin echó el resto á todos sus anteriores milagrosos ejercicios, cruzando y recorriendo la cuerda con zancos.

Como prueba de su admiracion por su atrevimiento, le envió el principe un regalo de consideracion con una carta del mayor general Bruce.

Blondin reside ordinariamente en una pequeña, pero linda habitacion, que ha adquirido en Niagara Falls, desde la cual se vé el punto de sus peligrosos viajes, con su esposa y tres niños, hijos suyos, rodeado de todas las comodidades de la vida.

En prenda de admiracion por el estraordinario valor desplegado por Blondin en su primer pasaje á través de la catarata, llevando un hombre á la espalda, los ciudadanos de Niágara le hicieron el presente de un Eagnífico medallon de oro con la siguiente inscripcion:

"Presentada á M. I. T. Blondin por los ciudadanos de Niágara Falls, en muestra del aprecio de un hecho jamás llevado á cabo p' nadie, y realizado por él felisísimamente el 19 de agosto de 1859, cual fué el atravesar la catarata del Niágara sobre una cuerda llevando un hombre á la espalda."

LITERATURA NACIONAL.

ENSAYO

SOBRE LA NOVELA EN LA DEMOCRACIA Ó JUICIO CRÍTICO SOBRE LA EMILIA DE R. EL MUJIENSE (1)

Por Lucio V. Mansilla.

A SU AMIGO RUFINO VARELA.

DEDICATORIA.

Rojas, Noviembre de 1863.

Señor D. Rufino Varela.

¿Recuerda vd., querido Rufino, la disputa con aires de calorosa discusion, que á propósito de una frase mia se suscitó en la redaccion de *La Tribuna* la última vez que estuve en esa? Probablemente nó! Pues bien, como al borronear las pájinas adjuntas esa misma frase ha brotado de mi pluma, recordándome el nombre de vd., hé ahí porque he querido poner este humilde *Ensayo* bajo el patrocinio suyo, dedicándoselo á la vez. Y digo patrocinio, porque tengo que pedirle le haga dar cabida en las columnas de *La Tribuna*, no porque busque la alianza de vd., pues, ni pido ni doy cuartel. Es mi costumbre batirme solo, y cuando mas no puedo, quemo el último cartucho y pongo fuego á mis naves.

Habria preferido enviar mi trabajo á alguna de las revistas que han solicitado mi colaboracion. Pero estas tienen, al menos por ahora, el inconveniente de no poder dar sino una lenta salida á los escritos que como estes, son un poco estensos; de suerte que para ver el fin de su publicacion hay que aguardar dos y tres meses, y á veces mas. Este retardo redunda siempre en daño del autor; porque solo las cosas de un mérito real y positivo resisten con buen éxito á esas mensuales soluciones de continuidad, seame permitido decirlo asi. Es necesario que una produccion sea muy buena para que la imaginacion del lector se preocupe de ella y espere impaciente el próximo número. Yo de mí sé decir que cuando al pié de un escrito, que desde luego no se recomienda por el nombre de su autor, leo el terrible *continuará*, casi siempre lo hago á un lado, sobre todo si es una revista mensual lo que leo.

Vd. me dirá que en *La Tribuna* serán mayores las *soluciones* que temo. Contesto que es cierto. Pero añado que como las intermitencias serán mucho mas breves, de 24 horas apenas, no me asusta el peligro de poner á prueba la paciencia del lector.

Por otra parte ¿que pierde lo que no está destinado á quedar como un monumento del pensamiento humano, en ser publicado en un diario cuya vida es tan efímera? Nada. Bien pues, tenga vd. entonces la bondad de hacer insertar mi escrito en *La Tribuna*, aunque las páginas donde haya de ser estampado, deban servir *para envolver alcarabea*, un momento despues de lanzadas á la circulacion.

Cualquiera que sea la suerte del *Ensayo* resignóme à ella desde ya con la calma de un mahometano, y confiado en la indulgencia del lector,—ruégole á vd. acepte la dedicatoria, creyendome sinceramente su amigo.

L. V. M.

I.

Dice Lamartine,—que hay mas jénio humano esparcido en la muchedumbre que en una académia por mas selecta que sea, y esta frase que para mí tiene la autoridad de un aforismo, es doblemente cierta, aplicada á la democracia de nuestros dias. Efectivamente, propagando la instruccion primaria entre todas las clases de la sociedad, abogando por la libertad de pensamiento y accion, por la libertad de cultos, por la perfecta ecuacion del impuesto, por la igualdad ante la ley, por el libre cambio, por la descentralizacion administrativa y el sufragio universal, —pugnando por poner en todas partes la autoridad al servicio de la libertad, procurando sustituir el princio *contractual* al principio autoritativo, y, por último, hacer triunfar la única política honrada,—*la política del derecho*, sobre la política mas corruptora del sentido moral de los pueblos,—*la política de la razon de Estado*; la Democracia no brilla como un faro en la cima de encumbrado cerro, cuya luz desde lejos se divisa, mas esparce una claridad ténue y purísima, que en todas partes penetra. Porque no es el resultado de un foco esclusivo, sino la irradiacion de millares de cuerpos luminosos diseminados á su albedrio, acá y acullá por la inmensidad del espacio.

Observemos un instante el proceso de la civilizacion, de la ilustracion, de la manumision del espíritu humano, es decir, los progresos de la Democracia.

En la época inicial del mundo la luz moral se irradiaba del patriarca á la familia.

Vino á poco andar el profeta, que era el doctor de la tribu, el filósofo errante, que comentaba la relijion y la política, elejido por Dios para vaticinar la llegada del Mesias,—la luz universal,—así como entre los Celtas y los Galos el druida fué el sacerdote, el lejislador, el filósofo y el médico, y el q' esplicó el curso de los astros y los fenómenos físico-naturales de la creacion.

Con Jesu-Cristo la luz inundó al mundo, fulgurando suave y agradablemente, para todo el que tuvo ojos y quiso ver, para todo el que tuvo oidos y quiso oir, de doce honestos varones, que elijió para sus discipulos y compañeros de persecucion, y los cuales, aprendiendo todos los idiomas de entonces diseminaronse por toda el haz de la tierra llevando por símbolo la cruz y por filosofía el amor de Dios.

Ya en Esparta y Atenas, lo mismo que en Cartago y Siracusa, lo mismo que en Roma hasta la fundacion del tribunado, la luz habia fulgurado únicamente de una casta privilejiada. Porque aquellas democracias diferian de la nuestra, tanto como la monarquia pura, del réjimen constitucional.

Con los Bárbaros, y en pos del apóstol vino el mártir ó el santo, como llamarle quisiereis, que al fin, santo es todo aquel que se sacrifica ó muere por una verdad moral,—y en pos del mártir ó el santo vino el sacerdote cristiano, el misionero de la mas augusta relijion que profesar pueden los humanos, ó lo que es lo mismo, vino el convento austero y sombrio, que sembraba sijilosamente la semilla intelectual, sin hacer distincion de clases, pues, reclutaba sus neófitos y catecúmenos lo mismo en los alcazares de los reyes que en la masa popular,—en tanto que las testas coronadas y los señores feudales destrozaban con proterva mano el patrimonio de sus antepasados.

Finalmente, vino la espulsion de los Griegos de Constantinopla, los cuales refujiándose en Italia produjeron el Renacimiento,—esa época brillante en que las ciencias, las letras y las artes, la astronomía, la filosofía y la jurisprudencia, la pintura y la escultura florecieron exhuberantes bajo el patrocinio de los magníficos Médici, del político Leon X y del galante Francisco I,—de ese rey caballero que abandonado por la fortuna en Pavia, dióle el último adios á los buenos tiempos feudales como entonces era estilo llamarlos.

El Renacimiento, es la época de la imprenta y de la cátedra,—la época propagandista por escelencia,—la época de la monarquia pura y del libre exámen, ese hilo de Ariadna que al traves del laberinto teolójico y filosófico de las cien escuelas ortodoxas, jausenistas, molinistas, calvinistas, luteranas, volterianas,—condujo al mundo civilizado, por decirlo asi, á la barra de la famosa asamblea donde sucesivamente entraron y salieron ya orgullosos, ya abatidos,—Mirabeau, el Júpiter tonante de la elocuencia moderna, Sièyes el gran doctrinario, Danton el impávido tribuno y Robespierre el inflexible terrorista, hasta el dia en que Napoleon cual otro *ego sum qui sum* la atropelló con un puñado de soldados, y hollando con su planta audaz aquel recinto augusto del pueblo soberano, cohibió momentáneamente los mas caros derechos de la mente humana, y provocando contra él la saña de la Santa Alianza, que, segun la bellísima espresion de Quinet, solo fué la declaracion de los derechos del hombre ostentados por un dia y la bandera de la Constitucion desplegada por los reyes,—enseñó una vez mas con su ejemplo al mundo, que no hay pedestal seguro en la tierra cuando contra él se coligan los pueblos ó los reyes en nombre de los primordiales intereses de la humanidad.

Pero los hombres son un accidente, cuya aparicion y desaparicion fugaz marca veloz el cuadrante de los tiempos, al paso que los principios son una ley que ha de cumplirse, y Napoleon pasó, y la Santa Alianza que le destronó pasó tambien, dejando uno y otra en pos de sí cierta suma de concesiones, lo mismo que pasarán otros y otros, en tanto que el mundo camina, quiero decir, adelanta, se desarrolla, progresa, obedeciendo á las leyes de un desenvolvimiento indefinido.

Si, yo no pienso como el Prometeo moderno, cuyo nombre he citado al comenzar, que la humanidad esté condenada á mover sempiternamente la rueda de Yxion, buscando anhelosa la cuadratura de su bien-estar, séame permitido espresarme así. Las revoluciones pueden ensangrentar nuestro suelo; los cataclismos de la tierra devorar los espléndidos monumentos del arte y de la civilizacion, abriendo anchos y profundos cráteres bajo sus seculares cimientos de granito; extravasar sus lechos los rios correntosos, los dilatados mares y el insondable océano, anonadando con ímpetu furioso cuanto oponerse quiera á su corriente destructora. Mas la ley soberana del mundo es el progreso—lento, gradual; pero sin fin, lo mismo que la rotacion de un cuerpo cosmográfico; pero eterno, lo mismo que su supremo y sapientísimo hacedor. La idea de una *palinjenesia* universal no entra en mi mente.

La Europa puede perielitar,—retroceder la América; pero hay mas tierra desierta y bárbara en el mundo conocido que poblar, que civilizar y cristianizar.—que espacio ocupado por la civilizacion y pueblos iluminados por la antorcha de la única relígion capaz de engendrar y consolidar la democracia tal y cual yo la concibo y la deseo. Asi, lo único que admito que pueda suceder, es la ocupacion de una tierra por la jente de otra tierra,—la conquista, la dominacion, en cuyo caso cúmplese esta verdad, que se parece á una paradoja,—toda dominacion es progreso.

Y, dígase cuanto se quiera, la história está ahí para enseñar con sus imponentes y severas lecciones, que cada revolucion ha revelado una verdad desconocida, ha afianzado un principio, ha destruido una preocupacion, ó ha derribado un falso Dios.

La civilizacion de los Ejipcios fué mas bella, mas grande y magnífica que la de la India; la civilizacion de los Griegos dejó atras á la de los Ejipcios; la de los Romanos eclipsó á todas éstas, hasta que, por último, aparecieron los Bárbaros, los cuales derribando los dioses mosaicos de Roma, y asimilándose á los vencidos cambiaron la faz de las cosas y sembraron el jérmen de la civilizacion de nuestros dias, portentosa como ninguna, distinta de todas las demás, pues, prevalece en ella cierta tendencia á imponerse mas por la razon, que por la fuerza, como que es infinitamente mucho mas humana que las que le han precedido.

Hasta el presente todos los principios de gobierno han hecho su ensayo, y casi su época. Fáltale á la democracia acometer su obra y probar que ella es la forma política mas compatible con la naturaleza y la razon humana; que ella es la mas justa, desde luego, la mas cristiana, por supuesto, y para decirlo todo de una vez, la única susceptible de una propagacion universal.

Con efecto, es esta forma social fortificada por el vínculo federativo, es decir, por la *union progresiva de los grupos* que es el antidoto de la centralizacion, esa eterna fragua de todas las tiranias, la que á no dudarlo, está llamada á realizar la obra mas árdua y descomunal de los tiempos antiguos y modernos. Porque así como constituir un pueblo, un estado ó nacion sobre bases sólidas y duraderas es una empresa de difícil y penosa ejecucion, siendo, como lo es, la ciencia de las ciencias el gobierno de los hombres, así tambien constituir perennemente cien pueblos, cien estados ó naciones que hablan mil lenguas y dialectos distintos, cuyas costumbres, usos y religiones son distintos, es una empresa casi divina, sobre todo, cuando hay que luchar con la barbarie y la ignorancia, con la mentira y las pasiones humanas mal dirijidas.

Pero si tal es la obra que la democracia está llamada á realizar, es solo en épocas distantes de nosotros, remotas quizá, que las ciencias abstractas, las bellas artes y las letras, adquirirán en ella grande y pujante desarrollo.

Y es natural que así sea; porque la democracia, permitiendo un libre ejercicio á la razon humana; propagando la instruccion y revelándole al hombre sus aptitudes como ser individual, y su potencia como ser colectivo, despierta en las sociedades modernas el espíritu de asociacion y lanza á los hombres con mas fuerza y entusiasmo en el campo de las empresas materiales, que ponen á prueba su actividad, que en las rejiones especulativas que exitan sus facultades intelectuales. En la atmósfera democrática, el individuo se hace mas práctico que teórico, mas aventurero que pensador, mas positivo que idealista, apasionándose mas de lo grande y jigantesco que del arte considerado del punto de vista estético.

No seria estraño que alguien me recordára las repúblicas Italianas de esa época que ya hé citado. Pero á mi vez recordaré anticipándome á la objecion, que esas repúblicas, y aun las de Holanda, no eran verdaderas Democracias: eran mas bien oligarquias republicanas, que es la forma embrionaria bajo la cual se presenta la Democracia antigua desde Esparta á Genova y Venecia á la Democracia que ensayaron los Puritanos Ingleses, que teorizó Juan Jacobo Rousseau y cuyos mas estables lineamientos trazaron en tierra Americana Washington, Franklin y Madisson.

En Roma, mucho mas progresaron las letras y las artes en tiempo de los reyes y emperadores que durante la República. Espulsado Tarquino el Soberbio trábase en ella horrible lucha entre patricios y plebeyos, y atacada sucesivamente por los Volscos, los Galos y otros pueblos vecinos, que en peligros la pusieron mas de una vez, viose obligada á organizar ejércitos. Venció primero á los que la atacaron, ensanchando asi sus dominios en Italia; llevó luego sus armas victoriosas fuera de la península empeñándose en la primera guerra púnica, conquistando despues una parte de la Iberia, la Macedonia y la Grecia, hasta vencer definitivamente á Cartago en las llanuras de Zama. La República brilló por sus conquistas, por las virtudes de Tabucio, por la abnegacion de Decio y la constancia de Scipion el Africano; al paso que con Augusto cerrándose el templo de Jano, que por tanto tiempo habia permanecido abierto, inauguróse una época de reorganizacion, de tranquilidad y esplendor literario, como que durante ella florecieron Virjilio y Horacio, Tito Livio y Ovidio.

El Capitolio, el Panteon, el Coliseo y el Arco de Tito, obras magníficas, que aun en nuestros dias maravillan, fueron construidas bajo el dominio de los reyes y emperadores.

La historia griega es mas complexa, pues presenta diversas alternativas; pero en el siglo de Pericles se produce el mismo fenómeno que antes he apuntado. Condenado Tucídides al ostracismo, "Pericles no fué ya el mismo, dice Plutarco, ni del mismo modo manejable por el pueblo dejándose llevar como el viento de los deseos de la muchedumbre; sino q' en vez de aquella demagogia que tenia flojas é inseguras las riendas, como en vez de una música muelle y blanda, planteó un gobierno aristocrático y en cierta manera regio; y empleándole siempre con rectitud é integridad para lo mejor, unas veces con la persuacion y con instruir al pueblo, y otras con la firmeza y la violencia si le hallaba resistente, puso mano en todo lo que le parecia útil."

Asi, si, Atenas fué mas libre y moral en los tiempos de Solon y de los justicieros é insobornables areopajitas, que bajo el despotismo de Pericles, en ninguna época como en esta florecieron tanto en ella las bellas letras y las artes; de suerte que es con razon que Plutarco dice, haciendo un paralelo entre Fabio, Máximo y Pericles,—"en lo que hace á la grandeza de los edificios y de los templos, y al grande aparato de obras de las artes con que Pericles hermoseó á Atenas, no puede entrar con ellos en comparacion todo cuanto en esta línea hicieron de grande los Romanos ante de los Césares; sino que en ella la grandeza y elegancia de tales obras obtuvo una primacia escelente é indisputable."

La Democracia no hallará gusto en el pasto de las bellas letras y las artes sino despues que bajo su saludable influencia se haya mejorado la condicion social de todo el mundo. Cuando al hombre honesto y laborioso, al verdadero ciudadano, despues de haber ganado para lo necesario, le quede un sobrante para lo superfluo. Cuando un estado económico semejante que á todas las clases de la sociedad permita afluir á los teatros, donde se corrijen los usos y costumbres de la sociedad; á las grandes esposiciones donde una emulacion recíproca, al paso que despierta el amor á la celebridad artística, á la gloria, hace nacer el gusto por lo bello. Cuando se establezcan lecturas públicas para el pueblo parlamentos mas estensos aun que la plaza pública de Atenas y el *Forum Romanum*, para que sea mayor el número de los que asistir puedan á la discusion y sancion de las leyes que han de rejir los destinos del pueblo soberano. Cuando á las escuelas, á las cátedras y bibliotecas públicas asomarse pueda el incansable trabajador, pues, pudiendo pagar todos los artículos necesarios á su subsistencia y representacion mucho mas barato, podrá trabajar un poco menos, destinando así algunas horas á su cultivo intelectual.

Sueños! utopias! dirán algunos espíritus fuertes, de esos cuyo númen se cierne siempre sobre las rejiones de la realidad. Yo respondo,—que son sueños y utopias que tardarán en realizarse; pero q' realizará al fin la economía política de las naciones que tengan la dicha de comprender cual es la mision providencial presente y futura de la democracia. Porque es menester no equivocarnos,—la belleza arquetípica de esta forma sin par no existe entre nosotros. Háblase mucho de democracia y libertad, y, sin embargo ¡cuán léjos estamos de ser jenuinos demócratas aquí donde la república, si bien no tiene un rey, mas se parece á una monarquía constitucional, consolidada por la unidad económica y administrativa,—que á una nacion constituida por el vinculo federativo, lo cual para mí es sinónimo de entidades congregadas para afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer á la defensa comun y asegurar los beneficios de la libertad para todos!

Tengo un espíritu demasiado práctico para creer que mis esperanzas sean alucinaciones de una imajinacion calenturienta, y antes por el contrario me inclino á sospechar que en cada una de mis anteriores letras dejo consignado el fragmento de una verdad, lanzada al viento quizá; pero siempre verdad.

Decia en sustancia que la Democracia tiene que ser, primero materialista, y despues idealista ó platónica,—si de ella es lícito hablar asi,—que es el proceder inverso de los demas sistemas. Pero esto ¿O hay quien sostenga que *á priori* el mejor gobierno no es el del pueblo por el mismo pueblo? O en otros términos, *el gobierno de todos por cada uno*, lo que para mí se parece á esta forma aljebráica: *libertad*, mas *derecho*, DEMOCRACIA, que es lo mismo que decir, *soberanía popular*, pues *demos* en Griego significa pueblo, y *cratos*, —potencia?

Pero me alejo sin querer de mi objeto, y es menester que recobre mi hilo conductor.

En la Democracia, que debe ser un apostalado colectivo en pró de cada uno, los hombres tienen que ser mas honrados, honestos, rectos y probos que bajo toda otra forma de gobierno. Las sociedades democráticas reclaman mas virtud que heroismo,—mas abnegacion q' temeridad,—mas austeridad que jénio, precisamente por que su tendencia es á ensanchar cada vez mas y mas el círculo de la actividad humana dando rienda suelta á las pasiones que deben procurar satisfacerse, cuidando atentamente de no perturbar la armonia de la comunidad. En la Democracia cada cual debe ser libre como el aire; pero ¡ay del que atente contra la libertad de todos! Ese hombre será un insensato, porque olvidará que todo atentado contra los demas es un atentado contra sí mismo; y es por esta razon que anteriormente he definido mi idea diciendo—que la *Democracia es el gobierno de todos por cada uno.* ¡Que cada cual gobierne cristianamente su individuo, y no haya miedo del resto! La sociedad presentará allí la imágen del órden, de la paz y concordia—un cuadro verdaderamente fraternal.

La democracia del porvenir deberá tener un lugar predilecto para los hombres de la talla de Washington, de Moreno, de Rivadavia, de Garibaldi y otros mas, que no abrigaron sino la noble ambicion de morir por la patria y la libertad. Los Cromwells, los Napoleones, los Rosas serán abortos en ella—abortos con los cuales no sabrá que hacer, porque habrá abolido la pena de muerte, aun para los tiranos, y porque en su seno será imposible encontrar un Timoleon, un Bruto, un Orsini, nombres lanzados á la admiracion de la posteridad, mas no dignos de ser imitidos.

Si en la Democracia idólatra y turbulenta de Atenas, Harmodio fué presentado á la juventud como un modelo, como el salvador de la humanidad; porque segun dice el gran historiador Sismondi,—"el asesinato era tan comun en la antiguedad que ni los hombres honrados lo miraban con escrúpulos, ni los conspiradores repugnaban el derramamiento de sangre, pues, no solo los príncipes y los nobles, sinó los majistrados y ciudadanos, de toda la Europa estaban siempre prontos á matar á los demás ya en defensa del menor derecho, ya para derribar un obstáculo cualquiera, ya para hacerse temer, ya para dar una muestra de enerjía, ó vengar una ofensa,"—si tal era, decia, la índole de las jeneraciones que nos han precedido, aun allí donde se distinguieron momentaneamente, como en Aténas, por cierto carácter igualitario y justiciero, el cristianismo que ha humanizado, ó lo que es lo mismo, que ha hecho á los hombres mas afables, benévolos, jenerosos y simpáticos, impedirá que tales hechos se produzcan en lo futuro.

De consiguiente, los elementos constitutivos de la literatura nacional serán siempre mucho mas épicos y dramáticos, mucho mas vivos y animados bajo el despotismo, la tiranía, el imperio ó la monarquía, que en la democracia. Esto equivale á decir que sus producciones tanto orales como escritas serán mas secas, y raramente humorísticas y fantásticas. Porque no habiendo en los episodios de la vida real suficiente hechizo, ni para el romancista, ni para el poeta, su fantasía será exitada con dificultad.

Hay aserciones que es fácil autorizarlas con la voz de la historia, y esta última es una de ellas.

Voy entónces á invocar su testimonio.

(*Continuará*).

(1) De Mujía—pueblito de la provincia de Galicia.

DOCUMENTOS OFICIALES.

De la Nacion.

El Presidente de la Cámara de Diputados de la Nacion.

Buenos Aires, Noviembre 6 de 1863.

Al Poder Ejecutivo.

Remito á V. E. la ley general del presupuesto de la Administracion para el ejercicio de 1864, que con arreglo al artículo 71 de la Constitucion Nacional, ha tenido sancion definitiva en sesion de hoy en la Cámara que presido.

Dios guarde á V. E. muchos años.

JOSÉ E. URIBURU.
Ramon B. Muñiz.
Secretario.

Hacienda.

Buenos Aires, Noviembre 16 de 1863.

Acúsese recibo y promúlguese la ley adjunta.

MITRE.
RUFINO DE ELIZALDE.

Departamento de Hacienda.

Buenos Aires, Noviembre 16 de 1863.

Por cuanto: el Congreso Nacional ha sancionado lo siguiente:

El Senado y Cámara de Diputados de la Nacion Argentina, reunidos en Congreso, sancionan con fuerza de

LEY.

Art. 1.° Los gastos ordinarios de la administracion para el ejercicio de 1864 quedan fijados en la suma de ocho millones nuevecientos mil quinientos sesenta y dos pesos con sesenta centavos.

2.° El Poder Ejecutivo Nacional queda autorizado para invertir por el Departamento del Interior la suma de un millon ciento seis mil ciento diez y ocho pesos, conforme á los incisos siguientes y en las formas designadas en los respectivos presupuestos parciales segun se detallan en el anexo A. que forma parte de esa ley.

Inciso 1.°	Presidencia	33,760
2.°	Ministerio	16,200
3.°	Congreso Nacional	319,660
4.°	Correos	64,300
5.°	Policia de la ciudad de Bs. Aires	131,348
6.°	Archivo Nacional	2,460
7.°	Consejo de Hijiene	2,160
8.°	Oficina de Inmigracion	15,000
9.°	Contratos	106,830
10.°	Suscriciones á publicaciones útiles é impresiones	5,000
11.°	Obras públicas	25,000
12.°	Puentes y caminos	100,000
13.°	Pensiones	2,400
14.°	Eventuales y discrecionales	30,000
15.°	Estadística	2,000
16.°	Subsidios á las Provincias	250,000
		1.106,118

Art. 3.° Por el Departamento de Relaciones Esteriores la suma de setenta y cinco mil cincuenta pesos, conforme á los incisos siguientes y en la forma designada en los presupuestos parciales segun se detallan en el anexo B. que forma parte de esta ley.

Inciso 1.°	Ministerio	22,200
2.°	Legaciones	52,850
		75,050

4.° Por el Departamento de Hacienda la suma de ochocientos noventa mil ochocientos veinte y un pesos, conforme á los incisos siguientes y en la forma designada en los presupuestos parciales segun se detallan en el anexo C. que forma parte de esta ley.

Inciso 1.°	Ministerio	18,360
2.°	Contaduria y Tesoreria general	38,040
3.°	Administracion de rentas y sellos	554,521
4.°	Diputacion de Minas	4,000
5.°	Edificios fiscales de Hacienda	50,000
6.°	Pensiones y jubilaciones	5,150
7.°	Uso del crédito nacional, descuento de letras	180,750
8.°	Eventuales	40,000
		890,821

Art. 5.° Por el Departamento de Justicia, Culto é Instruccion Pública, la suma de cuatrocientos veinte y cuatro mil trescientos veinte y dos pesos, conforme á los incisos siguientes y en la forma designada en los presupuestos parciales segun se detallan en el anexo D. que forma parte de esta ley.

Inciso 1.°	Ministerio	15360
2.°	Suprema Corte de Juzgados de Seccion	103124
3.°	Impresiones	12000
4.°	Gastos eventuales del Departamento de Justicia	3000
5.°	Gastos de codificacion	25000
6.°	Obispado	94318
7.°	Subvenciones eclesiásticas	18000
8.°	Gastos del culto	8000
9.°	Universidad de Córdoba, Colejio Monserrat, Colejio Nacional, Colejio Uruguay, Colejio de Tucuman, Colejio Nacional de Salta y Colejio Nacional de San Juan	94520
10.	Subvencion á las provincias para las escuelas primarias y colejios de educacion secundaria	44000
11.	Inspeccion de Colejios	2000
12.	Gastos eventuales de justicia pública	5000
		424322

Art. 6.° Por el Departamento de Guerra y Marina la suma de tres millones trescientos setenta y cuatro mil trescientos setenta y siete pesos y sesenta centimos, conforme á los incisos siguientes y en la forma designada en los presupuestos parciales segun se detallan en el anexo E que forma parte de esta ley.

Inciso 1.°	Ministerio	17952
2.°	Inspeccion General	5676
3.°	Plana mayor	222387
4.°	Artilleria	64789-80 c
5.°	Infanteria	413703-24 "
6.°	Caballeria	309588
7.°	Conting'tes de G. Nacionales	223291-20 "
8.°	Marina	243832-20 "
9.°	Ad'tracion civil del ejército	1245352-96 "
10.	Pensiones	163676-20 "
11.	Gastos con los indios	130782
12.	Ranchos y raciones	35208
13.	Gastos sueltos	198513
14.	Eventuales	100000
		3374367-60 c

Art. 7.° Para el pago y amortizacion de la deuda pública, se asigna la suma de tres millones veinte y nueve mil quinientos pesos conforme á los incisos siguientes:

Incisos		
1°	Garantia dada á la Provincia de Buenos Aires por la ley de 19 de Julio de 1862, y acuerdo de 25 de Noviembre del mismo año	960000
2°	Para atender por mensualidades á las emisiones de papel moneda de la Provincia de Buenos Aires en 1859 con arreglo al decreto del Gobierno de esta Provincia de 12 de Diciembre de 1860	260000
3°	Para atender al pago de los cupones de la deuda estrangera	60500
4°	Para la amortizacion del papel moneda de Buenos Aires	700000
5°	Para interes y amortizacion de fondos públicos	240000
6°	Para intereses y amortizacion de los diez millones de pesos de fondos públicos	745000
7°	Exeso del costo de los dividendos del empréstito de Londres respecto al calculo del presupuesto garantido á Bs. As.	64000
		3.029,500

Art. 8.° Queda destinado para el pago de las sumas designadas en los artículos anteriores, la cantidad de *ocho millones cuatrocientos catorce mil seiscientos pesos que se percibirán en el término del ejercicio de esta ley por los títulos siguientes:*

Inciso.		
1.°	Importacion	4.300000
2.°	Esportacion	1.515000
3.°	Almacenaje y eslingaje	56,100
4.°	Renta de papel sellado	125,000
5.°	Id. de Correos	50,000
6.°	Derecho adicional de 2½ p. %	700,000
7.°	Id. 5 p. %	1.515000
8.°	Contribucion directa	100,000
9.°	Contribucion de minas	4,000
10.°	Eventuales—	
	Alquiler de almacenes 6,500	
	Multas del fisco 1,000	
	Multas de Policia 6,000	
	Derechos de Puerto 1,000	
	Arrendamientos de buques del Estado 35,000	49,500
		8.414,600

Art. 9.° Queda autorizado el P. E. para hacer uso del Crédito Nacional para llenar el déficit que resulte entre las entradas y los gastos calculados en la presente ley.

Art. 10. Comuníquese al P. E.

Dada en la sala de sesiones del Congreso Argentino en Buenos Aires á los seis dias del mes de Noviembre de mil ochocientos sesenta y tres.

MARCOS PAZ. — JOSÉ E. URIBURU.
Cárlos M. Saravia. — *Ramon B. Muñiz.*
Sec. del Senado — Sec. de la C. de DD.

Por tanto: cúmplase, comuníquese, publíquese y dése al R. N.

MITRE.
RUFINO DE ELIZALDE.

Aviso del Ministerio de H. Nacional.

La Contaduria General, en cumplimiento de órden superior, ha fijado el cambio para el percibo de la renta y el pago de las obligaciones nacionales á la semana q' comienza el lúnes 23 del corriente, en 25 pesos 46 centavos moneda corriente (25 pesos 46 cvs. m|c.) por un peso de 17 en onza.

Buenos Aires, Noviembre 21 de 1863.

Palemon Huergo
Sub-Secretario.

FOLLETIN.

LOS ENEMIGOS DEL ALMA

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

—Tú ves en mí una digna compañera, y no serias tú el primer comandante de navío que cuando ha vuelto allá desde el Indostan ha venido á buscar los abrazos y las caricias de su esposa en el fondo de una taberna de la City. Yo te amo, español, añadió Lilí en un tono trágico y sentimental extendiendo hácia él sus ebúrneos brazos, como diria un clásico: yo te adóro, desde el momento en que te ví dentro de la caja en que te guardaba, para un horrible destino, el difunto doctor Walker. Te he amado de improviso con tanta fuerza, como puede amar un corazon de mujer, y he sentido al verte una alegría mayor que la de una amante que ve á un hombre adorado despues de muchos años de ausencia. Yo te amo con ánsia, con rabia, con cólera, con locura, y soy capaz si tú no me amas, ¡qué sé yo de lo que yo seré capaz, si tú no me amas! Mis amigas se van á escandalizar; mis amigos van á creer que el fin del mundo se acerca, porque yo no he amado nunca; no me creia, ni me creian capaz de amar. Tú has obtenido la virginidad entera de mi alma; la virginidad de las virginidades, y tú me perteneces; tu cuerpo es mio, porque le he librado del escalpelo del doctor Walker; y tu alma es mia, porque mi alma que es mas fuerte, que tiene más grados que el espíritu de vino, la rodea inflamada, se une á ella, la comunica el fuego que yo veo salir por tus ojos. Tú me amas, hermoso español, tú me amas; yo no tengo celos de esa rubia que vive en Moore-Park, ella podrá ser hermosa como un ángel; pero será un ángel bueno, y yo soy tambien hermosa como un ángel, pero como el ángel de las tinieblas: ¡ah! ¡cuánto vamos á amarnos! ¡cuánto vamos á ser felices!

Lilí habia dicho estas palabras de la manera más séria del mundo, de la manera más enfática, y al concluirlas, soltó una alegre y ruidosa carcajada.

—¿Es cierto que el doctor Walker ha dejado de existir? dijo Enrique.

—Sí, sí; ciertísimo, contesto Lilí.

—¿Y te ries de ese modo despues de haber cometido un asesinato?

—En primer lugar, no he sido yo; ha sido Tom Ralph: yo no he hecho otra cosa que estar allí, á fin de que Tom Ralph no me hiciese una jugarreta dejando vivo al doctor por algunas guineas que este le ofreciese.

—¡Le has visto morir!

—Sí, y he gozado mucho: han sido unas magníficas convulsiones las del doctor, y Ralph ha estado admirable: diez segundos cuando más: y eso, que despues se quejaba de que el doctor habia estado duro para emprender el viaje.

—¡Imposible! dijo Enrique; una serenidad tal, despues de un hecho semejante, no puede comprenderse.

—La costumbre, querido mio, la costumbre, dijo Lilí: no sé qué naturalista ha afirmado que el hombre es un animal de costumbre, y siéndolo el hombre, debe tambien serlo la mujer; lo más terrible deja de serlo, cuando se ve muchas veces, y yo estoy viendo esto desde que tenia veinte años: pero tú dudas y yo no quiero que dudes: ven conmigo: si Ralph ha enterrado ya á nuestro doctor, le haré que le desentierre.

—Sí, vamos: quiero convencerme por mí mismo de que todo esto es verdad.

—¡Ah! si no fuera verdad, no mereceria la pena de una mentira, dijo Lilí saliendo.

Enrique la seguia.

Lilí llegó á la puerta secreta, la abrió bajó por las escaleras, y entró en el subterráneo con Enrique.

En un rincon de él, sentado sobre un gran monton de tierra, teniendo á la derecha la pala abandonada, á la izquierda una profunda sepultura abierta, y delante el cadáver del doctor, tieso y rígido, estaba Ralph cargando flemáticamente una pipa.

Al ver á Lilí, que se acercaba seguida de Enrique, la miró de una manera intencionada, y la dijo:

—Como sabia que estabas bien entretenida, no me he dado gran prisa, y he hecho la cama al doctor un poco más honda que lo acostumbrado, porque el doctor merece bien que se le eche más ropa encima, para que tenga menos frio: ahora bien; toma lo que he encontrado sobre el doctor, á fin de que lo entregues para el fondo comun, á saber: (y Ralph fué sacando los objetos á medida que los nombraba). Primeramente cincuenta libras esterlinas.

Lilí levantó su falda, y Ralph arrojó en ella las monedas.

—En segundo lugar, una cartera con quinientas libras en papel al portador del Banco, algunos apuntes para un discurso académico, notas de algunos enfermos y métodos de curacion.

La cartera cayó en la falda de Lilí.

—Una sortija con un camafeo antiguo; un alfiler de brillantes y un cronómetro. Son las cinco de la mañana, segun este cronómetro. Estas tres cosas valen muy bien cien libras.

Aquellos objetos cayeron tambien en la falda de Lilí.

—Por último, una cartera de cirujía, una pipa de ámbar, y una bolsa de excelente tabaco. Allá va la cartera, pero la pipa y el tabaco me los reservo yo por la comision.

Lilí cerró su falda, conteniendo en ella los objetos enumerados por Ralph.

—Si él no estuviera ahí, dijo Lilí á Enrique señalando el cadáver, tú estarias allí siendo despedazado por el doctor.

Y señaló la mesa de diseccion.

—Esto es increible, monstruoso, murmuró roncamente Enrique.

—Esto es la cosa más vulgar del mundo dijo Lilí: el difunto ha visto aquí más de cien cadáveres hechos para él: justo es que los siga: ¿estás convencido de que yo no miento?

—Sí, dijo sombriamente Enrique, y sintió un vertigo extraño.

La sangre golpeaba sus sienes.

Su corazon latia violentamente.

Sentia el placer del horror, y de un horror concentradodo.

Todo lo que le rodeaba, aquel subterráneo, aquel cadáveres, Ralph sentado sobre aquel negro monton de tierra húmeda, encendiendo la pipa de ámbar del doctor, Lilí recogiendo la falda en que tenia los objetos encontrados sobre el cadáver, todo le parecia rojo: rojo de una manera luminosa, como el resplandor de un incendio.

Y en medio de esto, veia á Lilí transfigurarse, crecer en hermosura, idealizarse de una manera sombría, hacerse irresistible. Vió que Lili se acercaba á él, le asia de la mano y le llevaba consigo.

Sintió que subia por unas escaleras; que atravesaba una puerta, que llegaba á un salon alumbrado por una sola luz de gas y lleno de mesas de mármol negro, junto á las cuales habia taburetes forrados de terciopelo encarnado, y banquetas alrededor de las paredes.

Enrique seguia viéndolo todo rojo.

Lilí le llevó hasta una mujer que dormia profundamente sobre una de las banquetas.

Era Fanny, la pianista de la taberna del Gato Gris.

—Conócela bien, dijo Lilí á Enrique: está completamente borracha. Con esta mujer, que encontrarás en el Gato Gris tocando con furor el piano, debe hablar necesariamente el papá Smith, el viejo de cabellos blancos y levita verde, que vende evangelios para los niños: debajo de ese viejo [illegible] cion de Augusto de la Roche. Ahora bien; ya no tengo duda de que estás loco por mí de amor: te fascino, te aturdo, te envuelvo en una embriaguez desconocida: te parezco á un mismo tiempo la mujer más hermosa del mundo, y el más grande de los séres, porque comprendo delicadamente el valor del placer que produce la destruccion.

¡Ah! tú eres un sér inmenso, no te falta más que la costumbre, Enrique mio; lo que acabas de ver, te ha trastornado, y voy á darte un remedio que tengo allí en aquel aparador, en aquellas botellas, que tienen la etiqueta dorada y azul.

Siéntate, siéntate, tú mirada está errante; estás pálido y cubierto de sudor.

Enrique se sentó maquinalmente en un taburete junto á una mesa.

Lilí le limpió amorosamente el sudor con un rico pañuelo perfumado de batista.

Tenia todavía en la falda recogida, los objetos que Ralph habia encontrado sobre el doctor.

Aquellos objetos constituian un robo.

Lilí, alegre, conmovida de felicidad, miró un momento con éxtasis á Enrique, que no apartaba de ella la mirada absorta.

Se sonrió como una niña, y se alejó corriendo, y cantando como una alondra hácia su habitacion.

Y el vértigo, la fascinacion, la atraccion satánica de Lilí, crecian para Enrique.

Su alma de pirata, su terrible alma, sus instintos de exterminio, se anegaban en un Océano de horror.

La destruccion se le presentaba idealizada en Lilí.

Aquel era un amor de un género nuevo.

El amor del hombre del exterminio por un espíritu exterminador; contenido en una hermosísima mujer.

Lilí apareció de nuevo.

Su falda caía en anchos pliegues.

El robo habia desaparecido.

Acaso en aquellos momentos desaparecia tambien el doctor Walker.

Lilí fué al aparador, tomó una de las botellas de etiqueta dorada con letras azules, la descorchó con suma lijereza, la puso en una bandeja, con dos grandes copas de cristal batista, y vino junto á Enrique.

Puso la bandeja sobre la mesa; llenó las anchas copas de un ron dorado como el oro, y dijo á Enrique:

—Bebamos por nuestra union.

Enrique, como dominado p' una influencia magnética, tomó una de las copas; mientras Lilí tomaba la otra.

Aquellas dos copas se chocaron.

—Por nuestro amor, y porque dure hasta la muerte, hasta que nuestras almas desaparezcan en la eternidad, como desaparece tragado por nuestras bocas este ron.

—Sea, dijo Enrique,

Y las dos copas quedaron vacías de una sola vez

CAPITULO XLI.

De cómo los sucesos se embrollaban.

En un rincon de la taberna del Gato Gris, en un ángulo opuesto al en que estaba el piano, habia dos hombres que ya conocemos.

Era el uno Ralph: el otro la Roche, disfrazado con el traje y el aspecto de papá Smith.

Ralph estaba envuelto en un ancho leviton verde oscuro, y ensombrecido el semblante por la ancha ala de un sombrero de castor.

Fanny tocaba de una manera soñolienta el piano.

Aún no habia pasado completamente para ella la borrasca de la noche anterior.

Cerca del piano habia un hombre que miraba á la jóven bebiendo lentamente cerveza negra.

Aquel hombre vestia de una manera elegante, y era jóven y buen mozo.

En una palabra: era Enrique de Eril.

Habia visto demasiado á la Roche, y sin embargo, parecia no haber reparado en él ni tener ojos ni atencion más que para Fanny.

Por su parte, la Roche no miraba, ni parecia haber reparado en Enrique, y sin embargo no le perdia de vista.

Ralph estaba preocupado, porque habia visto tambien á Enrique, y temia un acontecimiento formidable entre la Roche y él.

—Me parece, dijo Ralph, que conoces á aquel sujeto que está sentado junto al piano, Augusto.

—¿Por qué me dices eso? contestó la Roche.

—Porque le miras como miras cuando te importa observar á alguien. ¿Qué tienes tú con ese señor?

—El papá Smith, dijo la Roche, está puesto en cuidado porque aquel caballero, aunque parece que no le mira, le ve. En Lóndres, sabes que hay que andar muy listo con la policía.

—¿Por qué mientes, Augusto? Tú sabes sin duda que ese hombre ha salido hoy muy tarde de la taberna de Lilí; que ella no ha hecho misterio alguno; que muchas personas que te conocen saben que Lilí se ha provisto de amante sin pedirte permiso, y esto te desprestigia, Augusto.

—Todo el mundo sabe, dijo la Roche, que yo no he sido amante ni quiero serlo de la Rubia Pálida.

—Es verdad, contestó Ralph, pero como la Rubia Pálida ha dicho á todo el mundo y todo el mundo lo sabe, que ella no puede ser amante más que del primer campeon de Inglaterra, y como moralmente Lilí era tuya, porque tú me venciste á mí, de aquí resulta, que todo el mundo al ver que ese individuo es amante de Lilí, comprenderán que Lilí te da por vencido.

—¡Bah! ¿y qué me importa? dijo la Roche: cuando llegue el caso se convencerán de que Lilí es una necia.

—Sin embargo, miras demasiado á ese hombre, y disimulas demasiado tus miradas: yo te conozco lobezno; tú tienes algo pendiente con ese señor: tú tienes algo que ver con él y con las personas de Moore Park, que me ha mandado proteger Enriqueta, ó con aquella magnífica española á quien ví anoche en el club.

—¡Eh! estás demasiado impertinente, dijo la Roche; cuando yo no hablo, es porque no quiero hablar; y preguntarme mucho es incomodarme.

—Suplico mil perdones, señor Augusto de la Roche; pero debes conocer, que cuando yo me meto en un negocio, es por algo: ese hombre me quema un poco la sangre, amigo Augusto: porque al fin, yo puedo muy bien haberte cedido sin combate mi dominio sobre Lilí, pero cederla á otro, á un desconocido, es cosa que me contraría mucho, de una manera formidable.

—Te advierto, Ralph, que no te metas con ese hombre: primero, porque ese hombre haria contigo una cosa que daria lástima; y segundo, porque si por un milagro tú le vencieras, daria compasion el ver lo que yo haria contigo.

—Vamos, está visto que á tí te gustan mucho los españoles, Augusto. Anoche, cuando viste que yo me enamoraba de la española, me prohibiste sériamente aún el pensar en ella, y hoy, me prohibes que ni aún salude á ese señor.

—Pues tenlo en cuenta, y figúrate que no los conoces ni los has visto en tu vida.

—Sin embargo, tengo la obligacion de saber qué hacen y á dónde van, y hasta de averiguar si me es posible lo que piensan, y dar cuenta de todo á mis Enriqueta.

—Eso es distinto: obsérvalos desde la sombra; pero no te pongas en contacto suyo. Ahora bien, ¿cómo ha conocido ese hombre á Lilí?

—De la manera más original del mundo: se lo ha encontrado en su casa, dentro de una caja que habia llevado el doctor Walker.

Como Lilí es sumamente curiosa, y yo estaba borracho y no podia operar, y el doctor se habia ido para dar tiempo á que yo volviese de la borracher,a Lilí pudo abrir la caja; vió á ese señor, se enamoró de él, y el pobre doctor ha pagado estos amoríos.

A estas horas duerme con cinco piés de tierra encima.

—¡Ah! ¡con qué Lilí se atreve á todo eso! dijo la Roche.

—Ya decia yo que no podia serte completamente indiferente la conducta de Lilí; y es lástima que el doctor Walker haya pasado, porque era un grande hombre; fuera de él, no sé quien pueda curar á Georgina, por quien tanto interés se toma tu Enriqueta.

—¡Ah, diablo! se me olvidaba uno de los objetos que me han traido aquí.

—¿Cuál?

—El de advertirte, que no pases siquiera por delante del palacio de Enriqueta; Georgina Macdonald no necesita de la ciencia del doctor Walker; ha recobrado completamente la razon, y te conoce, Ralph: se acuerda de tí, te acusa del asesinato de sus padres, y está ansiosa contra tí de venganza.

—Pues si me conoce, á mí, debe conoceros á vosotros, dijo Ralph: conmigo estabais aquella noche.

—Sí, pero Georgina no nos vió; sólo te vió á tí; ¿y sabes cuál ha sido la causa de su larga imbecilidad? No fué el golpe que la causaste, no; fué su espanto al verse entre tus manos.

—¿Y qué pensais hacer de esa muchacha? dijo con cuidado Ralph: aquel fué un asunto endiablado, y no tengo ganas de dar un tropezon, en New-Gate que me lanze á la eternidad.

—Enriqueta se ha convertido, dijo la Roche, y está siendo imprudente: proteje á Georgina, y yo, lo confieso, tratándose de Enriqueta soy débil.

—Pues cuenta con las debilidades, Augusto, porque pueden salirnos muy caras. ¡Pero calla! ¿quién entra?

—Enriqueta, ¿qué diablos viene á hacer aquí?

La Roche se volvió hácia la puerta.

En efecto, Enriqueta entraba sola en la taberna, buscando con interés á alguno.

Vió á Ralph, y á la Roche, y siguió buscando: vió á Enrique y se dirigió á él. Se acercó á la mesa donde estaba y se puso á su lado.

—Enriqueta se vale de todos los medios dijo la Roche, indudablemente no eres tú el solo á quien Enriqueta ha encargado vigile á esos extranjeros.

—Enriqueta te ama mucho, la Roche, y quiere evitar....

—¡Evitar! dijo con extrañeza la Roche.

—Sí, ese español ó ese diablo, es temible, Augusto, ese hombre te mataria como si fueras un niño.

—¡Ah! eso lo verémos; ¡pero calla, Enriqueta y ese hombre salen juntos.

En efecto; Enriqueta y Enrique de Eril, despues de haber hablado algunas palabras, salieron de la taberna.

La Roche olvidó la prudencia y se lanzó detrás.

Pero cuando salió, ya Enriqueta y Enrique habian entrado en un carruaje y este partia.

La Roche lanzó un rugido.

—¿Qué es eso? dijo Ralph: ¡te escuece, eh!

Enriqueta es hermosa y ese hombre parece mi destino, fatal, mi demonio. En Madrid, me arrebató á Hortensia; aquí Enriqueta se atreve á venir á buscarle á una taberna, y salir de ella delante de mí con él. Ahora comprendo por qué Enriqueta ha dilatado su casamiento conmigo bajo fútiles pretextos. Hace mucho tiempo que conoce á ese hombre: tal vez sólo por él ha venido á Lóndres. Pues bien; nos verémos, señor pirata: verémos quién puede más, si el gran canalla del mar, ó el gran canalla de la tierra. ¡Ralph! ¿Cuánta gente puedes reunir en una hora?

—La que se quiera.

—¿Tienes bien estudiada la casa de Moore Park?

—La conozco desde hace dos años, cuando pensamos dar un golpe á Jhon Stamhop.

—¿Crees que se puede sorprender esta noche esa casa, y arrebatar de ella una mujer?

—Sí, veo que eres siempre un gran hombre: te dan un golpe en el corazon, y procuras contestarle con otro golpe en el corazon.

—Espérame á la media noche en Moore Park con cuatro ó seis hombres decididos: avisa á Sloop que tenga su barco carbonero á poca distancia del puente de Lóndres. Adios.

Y la Roche se alejó.

Ralph se quedó en medio de la calle aturdido, porque veia un gran peligro.

Le parecia que la Roche se olvidaba de todo.

Que era imprudente.

Sintió que le tocaban en un hombro.

Se volvió, y encontró junto á sí á la Rubia Pálida.

—¿Qué te ha dicho la Roche? preguntó Lilí á Ralph.

—Todo lo que nos faltaba, era que tú